

De blanco para el equinoccio

El mismo día en que la estación del año cambio también en muchos lugares se da el encuentro miles de jóvenes, adultos y niños para festejar el equinoccio de primavera, cuyo objetivo primordial es “adorar a la naturaleza” y tener un encuentro con las denominadas *energías positivas*.



Los escenarios son múltiples, desde los famosos monolitos naturales hasta las ruinas mayas o de otra cultura mesoamericana; las multitudes que se preparan vestidas de blanco con un pañuelo rojo en ese momento le otorgan una determinada divinidad al espacio donde el solsticio hace su llegada, además de añadir que mientras se dan cita un día anterior, los sitios que los esperan ya se están preparando para la característica esencial de esta nueva forma de vida: el consumo.

Consumo de playeras y camisetas blancas que permiten la famosa absorción de la energía solar, consumo de comida, bebidas alcohólicas, souvenir, conchas, sonajas, espejos, etcétera.

Al sonido de un caracol los ánimos se ven enardecidos, tanto jóvenes como adultos se toman de las manos y en una respiración profunda, empiezan a realizar un ritual con características por un lado prehispánicas, mientras que por otro, llenas de superstición y hasta cierto grado existen aquellos que se incluyen dentro del eclecticismo.

En estas formas, que se volvieron tan famosas después de aparición en los medios de comunicación y gracias a las grandes campañas organizadas por los departamentos de comunicación social de cada lugar donde se puede edificar de un momento a otro el escenario, que junto con luces naturales como artificiales, hace un llamado a la sociedad en general; también son espacios y contextos para el fomento de vicios, la generación de violencia e incluso son lugares que han estado caracterizados por accidentes debido a los excesos.

Hay quienes si tratan de prevenir los problemas sociales que se pueden suscitar en estas fechas, sin embargo, a la gran mayoría de los asistentes y de los comerciantes lo que venga después del ritual solo formarán parte de un comentario al día siguiente.

La combinación de las ideas, de los mitos y de las creencias que han forjado enormes costumbres alrededor de estas fechas han alimentado de forma creciente y poco responsable que las personas encuentren en un objeto natural una especie de fetiche divino, con capacidades asombrosas para muchos, y con ello se le ha arrebatado el lugar que ocupa Dios como el creador de la naturaleza.

No es la naturaleza en sí misma o vista de forma aislada quien llama al ser humano para revestirlo de energías; sino que es la naturaleza el contexto del hombre, ¿por qué venerar un roca o una construcción caracterizada por su antigüedad?



Tanto la veneración como adoración solamente es para Dios, quien es el que ha creado los espacios naturales para la vida del hombre en la Tierra, sin embargo, en medio de las confusiones el hombre estructura de forma inmediata un hecho social que se encuentra adornado de misticismo, elementos naturales y pacificadores, que sólo consiguen reflejar la inclinación de su incredulidad, lo reviste cada año de una festividad y hace a un lado a Dios.

Reflexionar los actos del ser humano es una tarea constante, no sólo de fechas específicas, sin embargo es significativo recordar cómo estamos construyendo los espacios de interacción humana, pero sobre todo cómo se construye el verdadero sentido de espiritualidad y a través de qué lo están construyendo.

Por: María Velázquez Dorantes / mary_vd@hotmail.com